

Prólogo

Como quiera que nacer y morir son acontecimientos sin vuelta de hoja, es decir independientes de la voluntad del sujeto que los soporta, nos enfrentamos a ellos con alborozo o con duelo pero también con biológica resignación o, como mucho, con reflexiones consoladoras de cuño existencial. No sucede lo mismo con el vivir que es un territorio para el despliegue inevitable de la libertad, de la voluntad, del libre albedrío. Nos afectan la vida y la muerte; pero no nos conciernen. La vida, sí. La vida es el cañamazo en donde en cada aliento, en cada latido, bordamos nuestro destino y dibujamos el perpetuo proyecto en que consistimos como individuos. El motor y la energía de ese largo trabajo es la vocación, la llamada (*vocare*) que guía nuestros pasos por el mundo y los orienta por la geografía del espíritu. Vivir es hacer geografía y, por eso, los geógrafos lo son siempre dos veces. O al cuadrado. ¿Qué decir entonces de los geógrafos más entusiastas, de los que cultivan la Geografía no solo con memoria, entendimiento y voluntad, sino también con los pies? ¿Qué decir de la vida de Pepe Sanz?

Fue un geógrafo prodigioso, una vocación sin costuras y un ser humano tan imprescindible como otros; pero más valioso que el común. Esa valía era la suma de sus saberes, de su talante hospitalario, de sus inquietudes múltiples, de su apego a los libros, a los viajes y a la gente. Ahora que andamos enredados en largos debates sobre la organización de la Universidad, sobre su puesta al día en recursos, en métodos y en misiones es tiempo de recordar que ahora como hace siglos y, sin duda, como dentro de otros tantos siglos, lo que distingue a una Universidad de otra en términos de calidad y, por lo tanto, de prestigio y de rentabilidad social es la cualidad de sus profesores: la dimensión de su vocación, el tamaño de su entrega, el acervo de sus conocimientos, el amor por su oficio. La Complutense, sea lo que sea, es la suma del valor de sus mejores profesores. Entre ellos estuvo, desde luego, Pepe

Sanz que consagró los más y mejores años de su vida a hacer Geografía y a formar geógrafos. Primero durante los veranos, en la formación sobre el terreno del profesorado de los Institutos de Enseñanza Laboral y luego desde las aulas del edificio B de Letras de la Complutense. En el piso 12 tenía su despacho y de cuando en cuando subía andando las escaleras, como una prolongación cotidiana de sus largos recorridos por la geografía física y humana de Madrid, del Ebro o del Cáucaso georgiano.

Su primer trabajo lo publicó en 1951; su último trabajo en vida en el 2000. Entre uno y otro pasaron a la imprenta 160 libros o artículos que tienen en común la exactitud científica y la brillantez estilística. Amaba el concepto justo, la sintaxis precisa y la gramática ortodoxa porque conocía bien el arte de conciliar el rigor con la eficacia comunicativa, a veces tan larga como su propia humanidad.

Otras muchas cosas fue Pepe Sanz: bibliotecario y archivero. Y pedagogo. Y todo eso lo fue y lo quiso ser a fuerza de profesor. Un profesor excepcional porque en él se dieron en igual grado dos virtudes: la del saber y la del saberlo transmitir.

Como rector, como colega y como amigo me siento muy honrado de poner prólogo a este número de los *Anales de Geografía* en el que han puesto todo su cariño y todo su respeto los Departamentos de Geografía Humana y de Análisis Geográfico Regional y Geografía Física. Con ellos me identifico en el deseo de honrar a uno de sus trabajadores más infatigables y a uno de sus maestros más indiscutibles. Maestro es más que ministro decía Pepe Sanz y por esa condición excepcional le reconocemos todos.

RAFAEL PUYOL
Rector